

Pensar desde Rousseau a Bayate

Luisa María Ramírez Moreira

La escalada de las artes visuales en el siglo xx fue reveladora para las memorias de la humanidad. Visto así, en la generalidad y desde el ángulo de sus aportes, “es el siglo de la masividad” (Jubriás, 1987, p. 2). Una plataforma de líneas estéticas conquistan el ámbito cultural como representaciones novedosas que tienden a manifestar lo que sobreviene en el orbe: cubismo, futurismo, transvanguardia, abstracción, neofiguración; se deja atrás un académico pasado.

La pintura ingenua no pasa inadvertida. A pesar de que sus representantes nada deben a escuelas de arte, más bien declaran que ignoran el mundo de las técnicas, el diseño, la lógica atención de los colores y las búsquedas contemporáneas. Un impulso propio los encamina: imaginan hacer un catálogo minucioso de costumbres por medio de la intuición mágica con tal de salvaguardar y enseñar la verdadera expresión. Ser ingenuos no les concede un título de incultos, es la necesidad que siente este hombre como cualquier otro, de desahogar su espíritu interior para el cual proyecta sus métodos.

La pintura ingenua (naif) ha sido otra de las disímiles modalidades estéticas imbricadas en el andamiaje de las artes visuales de cualquier latitud, propuesta que progresa según el tiempo y espacio. No debemos soslayar que fue una de las tendencias más vilipendiadas del siglo xx por artistas, intelectuales y profanos, pues la razonaban como telas de saltimbanquis, un arte menor hecho por desmañados. La realidad y análisis justo de otros profesionales del arte y la cultura permiten su consentimiento y ratifican a la pintura ingenua como genuino hecho estético, es precisamente en Francia con Henry Rousseau (1844-1910) quien da inicio a este reconocimiento artístico.

Como custodio de una tienda en París Rousseau descubre en la pintura la auténtica vertiente de su futuro y se consagra hasta llegar el retiro a la edad de 49 años. Wilhelm Uhde alemán conquistado por Francia, fue el procurador de mostrar tales honores, hecho que tuvo lugar con la participación de Rousseau en los Salones de los Independientes desde 1885. Entre 1904 y 1907 presenta los paisajes exóticos: *Explorador atacado por un tigre* y *La serpiente encantada*, lienzos que le permiten evadir el anonimato y las mofas. Las obras del aduanero Rousseau sin duda exteriorizan que “la pintura más hermosa puede ser realizada por un ignorante que no sabe de los caminos trazados” (Cassou, 1960, p. 167).

Uhde en 1928 emprende una exposición en la Galería de Quatre-chemins (Cuatro Caminos) para presentar a otros contemporáneos de Rousseau. Integran esta coordenada Louis Vivin, representa pictóricamente detalles de edificios, iglesias, calles, ladrillo a ladrillo, piedra a piedra; Andrés Bauchant, con 50 años de edad, mostraba en sus lienzos la gracia de cierto dibujo infantil, coloreado por una gama de fríos suaves contrastados y alusivos a fiestas populares, batallas o motivos mitológicos.

Camille Bombois, otro exponente dedicará su repertorio a ferias o circos: payasos, tragadores de sables, levantadores de pesas. Revela su interés por resaltar un dibujo preciso, que tiende a enfatizar la vigorosa corpulencia de los personajes. Mientras, la pastora de ovejas y también sirvienta Seraphine Louise, se encargaría de plasmar la surtida naturaleza, admirables ramilletes, arabescos, hojas alimentadas de una savia cromática intensa y el éxtasis de su autora quien a la luz de una vela realizaba tan delicada labor. Cada uno de estos creadores han devenido en clásicos del arte ingenuo francés.

Entre los expositores, además de los mencionados, figuraban: Dominique Paul Pyronnet, tipógrafo, distintivo de una producción de paisajes y marinas de colores vivos; Jules Le Franc, quien transforma las máquinas en naturalezas muertas con un realismo cálido; René Rimbert pinta a Saint Sulpice, matizado de un esmerado trabajo de cada una de las partes que conforman la imagen; y Jean Eve recrea la belleza de su pueblo de Ile de France donde se advierte cierto candor infantil.

Nótese cómo lo referido hasta aquí permite revalidar la jerarquía que conquista el arte ingenuo desde Francia, mostrándose los principales artífices casi todos ya desaparecidos físicamente. Esto no quiere decir que

se haya detenido la creación; al contrario, existen otros pintores que sería injusto omitir pues uno a uno en sus diversos oficios y orígenes humildes apostaron por esta manera de pintar. Pueden citar en este sentido a: Louis Augustino Déchelette (1894-?), Jules le Franc (quincallero, 1887-1972), Dominique Lagrú (1873-?) y André Bouquet (vendedor de carnes en mercado, 1897-?).

Jean Cassou otro notable estudioso del arte ingenuo realiza en París, la exhibición “El mundo de los ingenuos” (1964), en la cual integra a los artista antes reseñados. Una vez demostró que esta poética creativa se imbrica con la pluralidad estética que distingue el itinerario estético de cualquier ámbito. Al decir de Uhde: “La llegada de estos pintores era necesaria, para entregar a la realidad lo sublime del pensamiento y la grandeza de sus sentimientos” (Ramírez, 2003, p. 2).

La figura trascendental de Henry Rousseau sentó pautas de admiración para este arte en Francia; suceso que no le confiere exclusividad, pues en otras tierras se recibe esta experiencia artística, como en Estados Unidos con autores como: Morris Hiersfield, John Kane, Horace Dippin, Vivian Ellis, Joseph Pickett, y Grandma Moses (Ana Mary Robert Moses) quien comenzó a pintar a los 70 años para morir con el pincel en las manos. En otras partes se conocen otros que pintan en pequeños espacios de sus casas para contar recuerdos, como el belga Louis Delattre; en Suiza, el leñador Adolf Dietrich; Pap el alemán, el zapatero italiano Ornere Metelli y Miguel García Vivancos de España.

Amplia ha sido la trascendencia de esta línea creativa. Polonia, por ejemplo, debuta con protagonistas como Nikifor, Teofil, Ociepka, María Korsak, obreros, campesinos o de otros oficios que emplean como soporte pictórico el vidrio, espejo de sus memorias. Otro grupo de creadores que no se debe dejar de apuntar es el Grupo de Solentiname, en el Lago de Nicaragua, estimulado por el padre Cardenal en 1964. Igualmente, en Colombia, Carlos García y Yezid Jaime, Hermenegildo Bustos de México; las mujeres pintoras de Costa Rica junto a Rigaud Benoit de Haití.

Una nómina interminable puede declararse en torno a esta manera de crear. Amén de ello, no se debe excluir en esta trama a Cuba, donde se subrayan nombres como el de Rafael Moreno, Felisindo Iglesias, españoles radicados en nuestro país, Uver Solis y Ruperto Jay Matamoros se registran como los caracterizadores de la pintura ingenua en la década del 40.

No es hasta 1959 que se abren los senderos de la creación sin el predominio del gusto burgués. Comienza a ser dominado el espacio por críticos y teóricos que señalaron el lugar de cada cual. El Salón 70 (1970) propicia un ambiente acogedor para esta poética, sucediéndose entonces su expansión por el archipiélago cubano, cada región a registrar un cultor notable en esta expresión: Gilberto de la Nuez (La Habana), Benito Ortiz (Trinidad), Andrés Rodríguez Paz (*El Monje*, Sancti Spiritus), y Elpidio Guerra (*Mirito*, Matanzas).

Cienfuegos anuncia también esta vertiente ingenua en la década del 40, cuando en el estudio del escultor Mateo Torriente comienzan a reunirse poetas, narradores y pintores para dialogar sobre el tema de las bellas artes. Se integra al núcleo el escritor Samuel Feijóo que, a su vez, desborda vocación hacia la pintura. Feijóo descubre a otros pintores al sur de Las Villas y Cienfuegos: Benjamín Duarte, Antonia Hernández y Horacio Leyva. Nace así el grupo Signos, unificados gracias a labor de Samuel Feijóo, apadrinados en el caso de los creadores de Santa Clara, por José Seoane y Emilia Arufe. En 1998 se constituye el grupo Tarea al Sur, en el que sus integrantes ejercen creaciones afiliadas a esta tendencia

La camagüeyana Isabel de las Mercedes, Julio Breff Guilarte (Nicaro, Holguín), Rafael Cala Lores (Moa), Ramón Moya Hernández (Guantánamo) son defensores auténticos y pueden considerarse maestros del arte ingenuo en Cuba. Sus producciones se nutren de una impronta personal que les permitió narrar experiencias convertidas en fundamentos de sus vidas.

Santiago de Cuba sustenta cardinales cultivadores de esta pintura. Lawrence Zúñiga Batista es un ejemplo; llega a nuestra ciudad en los 70 e inaugura esta manera de pintar, hasta que en la década de 80 despunta como uno de los precursores en este hacer. Los dioses de la Santería alimentados de cromatismo cálidos y juegos lineales representativos de paisajes y atributos de los orishas se convierten en el cimiento de sus cuadros.

Otra figura reveladora es Luis Joaquín Rodríguez Arias, reverenciado por esta autora como el “padre de la pintura ingenua en Mella”. Sus creaciones abren las páginas de la exquisitez del dibujo y de los pasajes inolvidables de Bayate y Paso Estancia. Pero a Luis no debemos verlo aislado, pues es fundador de un grupo que bebe de esta pintura nacido el 17 de diciembre de 1994 en el municipio Mella y bautizado como Bayate.

Deferencia de este núcleo de creadores al asentamiento de los suecos, generadores en esta región de una prosperidad económica, cultural, industrial, botánico y cultural. Una de las razones primordiales de su surgimiento reside en la promoción y conservación de los valores del arte ingenuo.

Más allá de ser notorio una pintura que bien pudiera emparentarse con la de otro confin o región, considero menester reseñar que existen características que permiten establecer cierta filiación técnico-artística: el predominio de una paleta cálida, representaciones en primer plano, desconocimiento técnico, búsqueda de la exquisitez a través de la profusión de los detalles, solución compositiva a título personal, reflejo de temas relacionados con el lugar de origen, recuerdos y experiencias. De igual modo, la forma de vida, la realidad social, la comprensión y aceptación de su labor pictórica, las relaciones con el entorno que le rodea, son algunos de los aspectos que los hacen destacarse, pero de la cual irrumpen procedimientos individuales productores de iconografías que difieren entre sí por la concepción artística ofrecida por cada autor.

Los integrantes de Bayate ofrecen de manera individual sus credos estéticos a favor de escudar los valores del arte ingenuo. Se convierten en cronistas a la usanza de la naturaleza *per se*, de los varones y mujeres del ámbito rural, del trabajo del día a día, de las leyendas y tradiciones que se transmiten de generación en generación.

La buena fe que palpita en Roberto Torres Lameda facilita, de manera delicada, figurar en el lienzo lo que se conoce por emoción estética. Sus figuras son libres y sueltas, dotadas de una dosis de invención sorprendente, sin prejuicios que impidan la comunicación sincera. A través de finas líneas define figuras diminutas en el ambiente pictórico, así acontece con las hierbas, animales, objetos, sumergidos en la esplendorosa naturaleza. No hay derroches de colores: todo es asignado con los tintes de la vida.

Luis Joaquín Rodríguez Ricardo, conocido como Luis el estudiante para diferenciar de su padre, encauza su ideología hacia aquellos lugares contentivos de aroma natural, en los que esgrime colores combinados con el arrojado capaz de asimilar, minuciosamente, insospechados detalles de la vida, mientras que las formas ágiles provocan un ritmo visual en la composición del paisaje patrio. Entre risas y añoranzas, Luis Alberto Villalón Rades se convierte en el animador por excelencia de realidades humanas,

germinan así imágenes enriquecidas con la poética de un hombre que aún alberga en su interior a un niño inquieto, que expresa con inocencia cada fragmento integrador del lugar en que vivió y vive.

Richard Bruff Bruff (1928-2014) le distinguió una manera de crear sugerente en el que el desdibujo tipificó sus representaciones acompañados de los colores grises y azules combinados con los cálidos. A su vez, era inherente la savia poética que se anidaba en su pensamientos. De este grupo también son Rolando Alvarado Lamorout y Daniel Álvarez quienes, de una manera u otra, también se hacen partícipes de esta forma de crear, del entorno natural que los cobija con experiencias especiales que trasladan al lienzo con rubricas formidables.

Cada universo ingenuo es especial y propio de cada región y país. Puede coincidir la factura, el modo, la manera, pero nunca la personalidad, las problemáticas en sentido estricto del término, teniendo en cuenta que en todos los pueblos hay puntos de contacto a veces colindantes en extremos. Por eso pienso que por encima del posible choque estético se verificará la comunión emotiva, el encuentro con otro mundo contada a través de otra manera (Rodríguez, 1986)

Referencias

- CASSOU, J. (1960). *Panorama de las artes plásticas contemporáneas*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- JUBRÍAS, M. E. (1987). *Plástica xx. Conferencias sobre el arte del siglo xx (1900-1975)*. (primera parte). La Habana: Ministerio de Educación Superior.
- RAMÍREZ, L. M. (2003). *La pintura ingenua reino de este mundo*. Santiago de Cuba: Ediciones Catedral.
- RODRÍGUEZ, J. L. (1986). *30 pintores primitivos de Cuba en Nicaragua. Otra manera de contar*. Catálogo. La Habana: Centro Nacional de las Artes Visuales.